

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 256.

Alicante 23 de Octubre de 1875.

Año VI.

CAUSAS DE NUESTROS ERRORES.

III.

Siguiendo en la enumeracion y estudio de las causas comunes de nuestros errores, nos encontramos con la séptima que es el espíritu de curiosidad. Es tan grande defecto en el raciocinio llevarle adelante en demasia, que la señal de un buen juicio es saberse contener y poner un freno á aquella curiosidad soberbia que quisiera salir fuera de sus límites. Ansioso de ciencia el entendimiento se irrita contra los obstáculos que se oponen á su debilidad, y quiere vencerlos; pero si alguna vez es feliz su audacia, se precipita otras muchas en las regiones de la mentira, pues no es dado al hombre en la tierra gozar de una luz perfecta, y nuestros conocimientos van siempre mezclados con alguna oscuridad. Por tanto, cuando el entendimiento ha llegado á recibir la impresion de pruebas convincentes y luminosas, debe contentarse, y aunque no pueda verlo todo con la misma claridad, no debe desconocer la verdad porque se le presente envuelta en algunas nubes: es una regla fundamental de todo raciocinio no abandonar una proposicion bien sentada, por-

que se presenten aun algunas dificultades que no se puedan resolver con toda claridad.

La razon tiene cierta intemperancia asi como el corazon, y el hombre juicioso debe precaverse contra uno y otro extremo. Algunos ejemplos aclararán más este pensamiento. La recta razon y la fe de todo el género humano nos dicen que existe la materia ó un mundo corpóreo fuera de nosotros; una inclinacion irresistible nos obliga á creerlo, de modo que el asegurar que este universo puede ser tan solo una perpétua fantasmagoria, es opinion loca, contra la cual reclamará siempre un sentimiento mas fuerte que todos los sofismas. Pero ¿qué ha sucedido á pesar de esto? Vino Mallebranche y nos aseguró que Dios tiene suficiente poder para afectar nuestras almas, aun cuando no hubiese cuerpos, como si realmente existiesen, y para hacernos experimentar sin ellos las mismas sensaciones que recibimos por su medio; de donde infirió que la existencia de la materia no está demostrada por sola la razon. Barcley, yendo mas adelante, observó que las cualidades mas esenciales de la materia no son fijas, y que la extension de un mismo cuerpo parece unas veces mayor y otras menor; é infiriendo de aqui que esta es una cua-

lidad que solo existe en nuestra imaginacion, asi como las visiones de un sueño, decidió que la materia es una cosa imposible.

- Y ¿de dónde provienen estas que podemos llamar doctas locuras? De que arrastrados estos dos sabios metafisicos por la sutileza de su entendimiento fecundo en argumentos, desecharon las reglas del sentido comun, que no lo es tanto como parece, y abandonando el pais de la verdad divagaron por la region de las quimeras.

La razon, el sentimiento, la ley del género humano y el universo entero nos hablan de una suprema inteligencia; pero queriéndose indagar de qué modo existe, cuál es su naturaleza y cómo se combinan las perfecciones divinas, se intentó penetrar lo impenetrable, comprender lo incomprendible, y el resultado fué sofocar el buen sentido á fuerza de sutilezas, y aparentar luego no creer en Dios. Goza un hombre tranquilamente de la claridad del sol y bendice su dulce influjo, pero de repente se empeña en mirar de hito en hito su disco resplandeciente; sus ojos demasiado débiles para sufrir tanta luz se ofuscan y queda ciego, y entonces, lleno de un furor impotente, maldice su resplandor. Esta misma es la imágen del ateo que blasfema de la Magestad divina, cuyo inmenso peso abrumba su debilidad.

Hé aqui lo que mas importa entender bien. Inútil es advertirnos que estemos alerta contra las ilusiones de los sentidos y de la imaginacion, contra el abuso de las palabras y los equívocos del lenguaje; inútil es haber estudiado las operaciones del análisis y de la síntesis, ha-

ber aprendido á ordenar y encadenar las ideas, á ligar las consecuencias con los principios, y á descubrir los vicios que suelen contenerse en el racionio, é inútil seria meditar las obras de Aristóteles, de Descartes, de Locke y de Condillac; de nada nos serviria todo esto, si extraviados por las pasiones les damos el lugar de la razon, porque ellas tienen una lógica insidiosa que inutiliza todas las reglas de la lógica comun. El último siglo fue la época del análisis, y tambien la de los errores mas monstruosos. Para dejarse sentir la verdad se requiere tanto un corazon recto como un entendimiento ilustrado, pues las luces sin buena fe no sirven de nada. Quintiliano ha dicho que el orador es un hombre de bien que posee el don de la palabra, y del mismo modo pudiera decirse que el lógico es un hombre de bien que posee el arte de racionar con exactitud.

Las pasiones son, en efecto, como una nube que oscurece la inteligencia y se pone entre la razon y la verdad. Las pasiones perturban y agitan el alma, y la hacen perder aquella atencion fija, aquella rectitud é imparcialidad severa que nos preservan de la ilusion y del error. La codicia, el orgullo y los placeres son los tres manantiales de la mayor parte de las extravagancias de los hombres en las cosas mas importantes de la vida.

Decimos la codicia, porque es la mas ciega de todas las pasiones, y la mas fecunda tanto en opiniones erróneas, como en acciones injustas; la experiencia diaria lo comprueba. Además, ¿de dónde nacen tantas disputas ruidosas en los tribunales, tantos pleitos inspirados ó sostenidos por la mala fé? Bien sabemos que

hay cuestiones delicadas sobre las cuales pueden estar discordes los hombres mas integros y doctos; pero debemos confesar tambien, que si la codicia no pusiese una venda en los ojos de los interesados, desapareceria la mayor parte de las desavenencias que desconciertan ó arruinan las familias. No sirve fijar el mejor derecho por medio de una discusion exacta, sólida y luminosa; todos se convencerán excepto aquel á quien se intenta persuadir, y para quien la evidencia ha perdido toda su fuerza y claridad, pues el interés personal es como un espejo engañoso que aumenta nuestros derechos, al paso que disminuye los de nuestros semejantes. Es tal el apego con que se identifica el hombre en cierta manera á lo que posee, y de tal modo cree existir en los objetos de que goza, que para apartarle de ellos es menester casi arrancárselos; por esto se vale de mil pretextos para conservarlos, y así el interés falsifica en algun modo la regla de equidad y de verdad que nos ha dado la naturaleza.

No es el orgullo un enemigo menos peligroso de la verdad. Naturalmente se ama el hombre á sí mismo, pero este sentimiento legitimo, ó, por mejor decir, necesario, degenera facilmente en exceso; y de aqui provienen aquella aficion ciega á las opiniones y producciones de su entendimiento, aquellas ilusiones que hacen ver bellezas en donde todo el mundo ve defectos, y le inducen á considerar como efecto de la envidia ó del odio la censura mas benigna y juiciosa. El orgullo nos excita á querer dominar los ánimos y mandar hasta en los pensamientos; por él despreciamos los

conocimientos ajenos, la autoridad de los sábios y de la experiencia, y preferimos extraviarnos yendo solos, á seguir el camino trazado por la sabiduria. Por el orgullo queremos con preferencia á todo formarnos una reputacion y distinguirnos de la multitud, de modo que movidos mas por el deseo de fama que por el amor á la verdad, nos apasionamos de brillantes mentiras con tal que puedan conducirnos á la celebridad. El orgullo inventa las paradojas, las propaga y defiende con una terquedad irreducible, y así produce el espíritu de secta y de partido, que tantas veces ha plagado el mundo de disputas y discordias sangrientas. A veces principia el error por una opinion aventurada ó un temerario desvarío, y si entonees no procuramos vindicar la verdad, se aumenta con el tiempo la osadía del novador; si encuentra defensores, se irrita su audacia con los obstáculos, teme confesar sus faltas y se obstina en el mal, creyendo fuerza de carácter lo que no es mas que debilidad.

Un error produce otro error, y un abismo precipita en otro abismo, como dicen los libros sagrados; y lo que al principio solo era en el cielo un punto obscuro, llega luego á ser una nube densa que arroja rayos y centellas. No hay que esperar atraer á estos espíritus atrevidos por las máximas de una razon sana y moderada, ni hacerlos ceder á la fuerza de la autoridad, ni contenerlos por el temor de un trastorno general en el mundo religioso y politico; nada se adelantaria con su orgullo indomable, y por cada Fenelon dócil se encontrarian cien rebeldes. Hay, con efecto, entendi-

mientos poseidos de un orgullo diabólico, que abrazarian todo el mundo porque prevalecieran sus opiniones. Leibnitz nos dice en sus escritos que ha conocido algunos de este carácter, y nosotros experimentamos la verdad que dijo.

Descubramos la última fuente de los extravíos del corazón, y por consiguiente del entendimiento. Hay una pasión dulce en la apariencia y cruel en la realidad, que se insinúa en el alma por todos los sentidos y la lisonjea para tiranizarla; que embriaga á sus adoradores sin contentarlos, y hace pagar con grandes amarguras los cortos placeres que proporciona; una pasión celebrada en los teatros y en las novelas, objeto de los poemas mas serios como de los mas frívolos, y que representan continuamente el mármol y el lienzo; pasión que para seducir toma todas las formas, mostrándose algunas veces bajo del exterior mas descarado, y adornándose otras hasta con el velo de la modestia. Hablamos de aquella inclinación tan viva á cuanto lisonjea los sentidos, del amor del deleite y de los placeres sensuales. Su imperio es de tal naturaleza, que el mas bello triunfo del Evangelio es abatir sus altares: por ella principalmente reina la idolatría en las costumbres, y por ella parece que consentirían los hombres la destrucción de sus demas ídolos, con tal que se les permitiese quemar incienso en honor de este. Ella es el escollo que se opone frecuentemente á las buenas obras, y cuando la moral la censura, hace muchas veces la juventud como que no oye, porque le parecen duras é insoportables las

palabras de la moral. Pero ¿dejaremos por eso de combatirla, de manifestar sus peligros y de señalarla como una de las causas mas continuas y eficaces de nuestros errores?

Los paganos mismos se lamentaron de sus funestos frutos: digalo Ciceron que, respondiendo á la reconvención que se podia hacer á la vejez de ser inhabil para los placeres, exclama en su libro *De Senectute*: «¡Oh feliz privilegio de nuestra edad, que nos liberta de lo mas vicioso que hay en la juventud! Escuchad, jóvenes sencillos, un antiguo discurso de Architas de Tarento, uno de los primeros y mas grandes varones de su tiempo: no hay en la naturaleza, decia, pasión mas funesta al hombre que la sensualidad; no hay placer á que se arroje con mayor ímpetu y frenesí; él ocasiona las traiciones á la pátria, el trastorno de los estados, las inteligencias criminales con el enemigo; no hay delito á que no excite tan funesta pasión que, contraria á la razón, corrompe el juicio, ofusca los ojos del entendimiento y no puede aliarse con la virtud.»

Y una pasión que desordena de tal modo todas las facultades del alma, ¿dejará de ser un grande obstáculo para conocer la verdad, para tomar afición á ella y confesar altamente sus severas máximas? La voz de la sabiduría difícilmente se deja oír en la embriaguez y el tumulto de los placeres; la imaginación del voluptuoso pinta y hermosea hasta lo mas criminal; todo lo desnaturaliza y altera hasta los nombres; el libertinaje se llama inclinación, el discurso licencioso chanza, y la perseverancia en una pasión loca, heroica fidelidad. El entendi-

miento, en fin, justifica cuanto agrada al corazón, y cuanto ama es á sus ojos santo y legítimo, como dice el Doctor de Hipona, *quodcumque placet sanctum est*. Tantos y de tal monta y trascendencia son los errores á que la pasión funesta de que hablamos, corrompiendo el corazón del hombre que la halaga, arrastra violentamente su entendimiento, tiranizándole y sumiéndole en la más deplorable abyección, manantial de nuestros errores.

Por todo lo expuesto hasta aquí podemos comprender, cuán importante nos sea atacar en su raíz las causas que hemos expuesto de nuestros errores, á fin de seguir siempre las inspiraciones de la verdad, con la que única y exclusivamente debe alimentarse nuestro entendimiento.

CRITERIO POPULAR.

Verdadero campo de Agramante, de opuestas ideas y de opuestos intereses, ha sido en todos tiempos desde el bocado de Adán este pícaro mundo. La lucha, empero, presenta hoy un carácter especial, hijo de las circunstancias también especiales del siglo que nos cupo en suerte. La ciencia ha ganado en extensión lo que ha perdido, por decirlo así, en intensidad; resultado de lo cual es, que sean más en número los sábios ó los creídos tales. La lucha es, pues, más general por lo mismo que son más numerosos los combatientes, y como más numerosos, más indisciplinados; y como más indisciplinados, menos compactos al rededor de

determinadas banderas. De ahí que el presente choque de opiniones deba más que batalla llamarse barahunda, siendo punto ménos que imposible establecer en ella deslinde ó clasificación. Añádase á esto, para complemento del cuadro, la fatal moda que, como ha proscrito acertadamente del traje masculino los colores chillones, así ha desterrado de los entendimientos las opiniones fijas y pronunciadas. Hoy por hoy gozan especial favor en trajes y en convicciones las medias tintas. Sea por ignorancia, sea por conveniencia, es lo cierto que la mayor parte del género humano en nuestros días, á propósito de cualquier cuestión, se decide por un *sí* que tire á *no*, ó por un *no* que mirado de cierto modo pueda también parecer un *sí*.

Pues, donde esta infinita variedad de matices hace tan confusos y desordenados é inciertos los campos, ¿cómo se las compone el hombre de buena voluntad, si por ventura la tiene de formarse una opinión propia, deseando que sea la más acertada? ¿A dónde acudirán las clases media y baja de la ilustración, que son las más numerosas? La índole de los problemas que se ofrecen todos los días, y la rapidez con que unos tras otros aparecen, no consienten estudio maduro y detenido. ¿Quién va en cada uno de ellos á emprender un exámen concienzudo de los diferentes sistemas filosóficos ó teológicos, de derecho natural, político, civil ó eclesiástico para dar una respuesta que se le exige con urgencia, hoy mismo, en el café, en la tertulia, en el paseo? ¿Y quién, por otra parte, puede excusarse de darla sobre la marcha? ¡Apremiante situación!

Mi oscurantismo, amigo lector, me sugirió años ha un criterio práctico de suma utilidad en tales apuros. Es filosofía que alguien llamaría parda, y que yo no llamaré sino pedestre y óscurantista. No á mí con metafísicas ni teologías, que cierto no nací para catedrático de prima ni para opositor á prebendas. A los hechos me atengo, como Sancho á sus refranes, y ahí me las den todas. Oyeme y falla.

Más que á lo que me dicen los amigos y defensores del Catolicismo, atiendo en primer lugar á lo que dicen y vociferan sus implacables enemigos. Estos no puedo dudar, por regla general, quiénes son: bien alto y clero lo ayudan ellos pregonando á todas horas. Bástame, pues, leer sus periódicos, escuchar sus oradores, y sé al punto á qué atenerme. Ejemplos al canto.

Hablábase años atrás de la Infalibilidad y de la mayor ó menor oportunidad de su definición; yo, v. gr., pobre trabajador; yo, infeliz artesano, ¿qué partido debía tomar en aquella batalla teológica, en la cual andaban revueltos periodistas, Obispos y diplomáticos? Aquí de mi piedra de toque. Dí una ojeada á los periodistas que más se distinguían por su ódio á Roma, por su constante difamación del Clero, por sus invectivas contra las monjas, y observé que todos, todos sin faltar uno, todos en toda Europa, y aún no sé si en Asia, Africa y América, eran contrarios acérrimos de dicha Infalibilidad y de su definición por el Concilio Vaticano. Bastante tengo, exclamé para mi sayo; gran cosa debe de ser esta infalibilidad, y muchos provechos deberá de raerle al Catolicismo su definición dog-

mática, cuando tan rabiosos la atacan todos los enemigos declarados de la Iglesia. Formada tengo mi opinion. Piense como quiera alguno de los nuestros, por rara excepcion, lo cierto es que la corriente general anticatólica es contraria á la Infalibilidad; esto me está diciendo que yo, firme católico, debo ser decididamente partidario de ella, aún sin la razon de fé que me obliga despues de su definicion á aceptarla.

Otro ejemplo. Cuando tuvieron lugar las primeras arremetidas de la revolucion al poder temporal de la Santa Sede, llenábanme á todas horas los oídos los órganos de la secta con la idea mil veces repetida, de que el tal dominio temporal no era dogma de fé, sino cuestion libre, en que se podia opinar de cualquier modo, sin dejar por eso de ser uno firme y leal católico, sí, señor, y de los mejores. Ya por de contado hacíase sospechosa tal doctrina, pero apliquéle mi criterio popular, y no tardé en asegurarme de la verdad. Pasé rápidamente revista á los impugnadores del poder temporal. Eran, ¡gran Dios! en todas partes los mismos.

Los asesinos de frailes, los compradores de bienes eclesiásticos, los cleróforos incurables, los libre-pensadores, los judíos y gentiles de toda condicion, todos convenían á una, como si al oído se les hubiese dado la consigna, en que era de todo punto indispensable que perdiese el Papa su soberanía temporal. Ante la imponente unanimidad de los malvados, sentí desaparecer toda vacilacion y duda sobre cuál debiera ser mi convicción como católico. Claro está. La que más se alejase de la de aquellos infelices; me decidí,

pues, con mayor fuerza que nunca por la necesidad de dicho poder temporal del Romano Pontífice.

Anda hoy en discusion otra vez el gravísimo problema de la libertad de cultos en nuestra pátria. Tales razones dan todos los dias los libre-cultistas, que vamos... le mueven á uno á sospechar si verdaderamente andarian equivocados el Papa, los Obispos y el Clero todo, y la gente de bien en asegurar que no nos conviene en modo alguno tal quisicosa. Invocan hasta el interés de la verdadera fé, que vá, dicen ellos, á aquilatarse, á pulirse, á brillantarse con la lucha diaria; y parodiando á un ministro de infausta memoria, hablan de la *concurrentia* en este punto como podrian hablar de ella en el mercado de algodones, ó cosa así. ¿En qué quedamos? ¿Le será ó no le será útil al Catolicismo la competencia de las doctrinas opuestas? A mi criterio negativo me atengo.

Paso revista mental á los defensores de la libertad de cultos. Son los que escarnecen cada dia y cada noche al Papa y á sus representantes; son los que aplaudieron la demolicion de nuestras iglesias y la expulsion de nuestros jesuitas y monjas; son los que en toda cuestion entre la Iglesia y sus enemigos resuelven *a priori* contra la Iglesia y en favor de sus enemigos; son los que andan cacareando á todas horas lo de la influencia clerical, ultramontanismo y demás figuras retóricoliberales; son los que en inmundas gacetillas sacan á pública vergüenza lo más sagrado y respetable. ¡Santo Dios! y ¿á qué ahora tanto celo, tanto afan por el lustre de nuestra fé, por el prestigio del Clero, por la extirpacion de los abu-

sos? ¡Te conozco, maula de Satanás! Tú me estás diciendo lo que debo pensar y lo que puedo esperar de tus halagüeñas teorías. Nada sé de historia, nada de teología ni filosofia, nada de la parte rigurosamente científica de la cuestion; pero me basta saber quiénes en ella sostienen el pró y el contra, para que sepa á qué atenerme en definitiva. Debo votar en este asunto como en todos, es decir, en sentido siempre contrario al parecer y tendencias de la impiedad. Ni otras razones quiero, ni otras necesito. ¡Viva, pues, la unidad católica!

Este criterio tan práctico y tan casero no te dará, amigo lector, fama de sabihondo, ni siquiera de ilustrado, que es lo ménos que se puede ser en este siglo de ilustracion y de tantisimas otras cosas. Pero, te lo aseguro ante Dios y en conciencia..... te sacará de mil apuros y nunca te hará dar paso en falso. Haz el ensayo, y de su resultado te respondo yo. Es receta probada.

Félix Sardá y Salvani, Pbro.

DISCURSO

leido por M. Henri en la audiencia que el Padre Santo concedió á los Belgas el 3 de este mes.

Beatísimo Padre: No es posible expresar la alegría que sentimos al encontrarnos en presencia de Vuestra Santidad, para ofreceros nuestros homenajes y nuestra profunda veneracion y adhesion filial.

Encargado de dirigiros la palabra en nombre de los peregrinos; mis compatriotas, aqui presentes, mi voz desfallecería,

si no me alentase el pensamiento de que el Papa ama á los belgas y que está seguro de ser muy amado en Bélgica.

Si, Beatísimo Padre: Vuestra Santidad ama á los belgas: os habeis dignado decirlo en muchas ocasiones á muchos de nuestros compatriotas, que han venido aquí aisladamente ó en grupos á presentarse á los piés de vuestro sagrado sòlio, y estas palabras han sido recibidas por todos los católicos belgas como el más dulce de los consuelos. Así lo habeis mostrado en la amable y benévola acogida que siempre dais á las diputaciones que os envia Bélgica como Vicario de Jesucristo, para manifestaros su ilimitada adhesión á la Cátedra de Pedro.

Para conocer la razón de los favores que Vuestra Santidad ha prodigado á considerable número de belgas, es preciso buscarla en el afecto que teneis hácia nuestro país. El puesto de honor confiado al finado monseñor Merode al lado del representante de Dios sobre la tierra, la púrpura concedida á nuestro muy amado Arzobispo de Malinas, la reciente promoción de monseñor Neckere al Episcopado; en fin, las dignidades y distinciones otorgadas á otros eclesiásticos y laicos, que sería largo enumerar, dan á conocer al mundo católico el distinguido lugar que nuestra amada Bélgica ocupa en el corazón de Vuestra Santidad.

Pero si el Papa ama á los belgas, éstos han procurado siempre devolverle amor por amor, y Vuestra Santidad conoce mejor que nadie las múltiples pruebas que han dado de amor á Vuestra sagrada persona y de adhesión á esta Sede apostólica.

Ninguna nación, lo aseguramos, se

distingue más que Bélgica en la pureza de doctrina, y en la perfecta sumisión á las enseñanzas y decisiones que emanan de esta Cátedra de verdad. Nosotros nos gloriamos de pensar y creer lo que Roma, y de vivir, por decirlo así, la vida de la Santa Sede. Nuestros ojos siempre están vueltos hácia el Vicario de Jesucristo, como hácia el faro que ilumina con su luz al mundo.

La publicación del *Syllabus*, golpe de muerte asestado al más monstruoso de los errores modernos, y la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, reto atrevidamente lanzado contra el materialismo desde lo alto de la Cátedra de San Pedro, han sido recibidas con una alegría, que ha merecido vuestras bendiciones. De la misma manera, la proclamación del dogma de la infalibilidad doctrinal del Soberano Pontífice, poderosa barrera opuesta al espíritu de indocilidad y orgullo, que es el azote de nuestra época, no solamente ha sido acogida con sumisión, sino calurosamente aclamada en nuestro país, en donde esta verdad tenía ya en cierto modo fuerza de ley, y formaba parte de la enseñanza cristiana, tanto en las escuelas, colegios y seminarios, como en el seno de las familias; y una de nuestras más envidiables glorias es que el Cardinal Arzobispo de Malinas se encuentra entre los más sábios y celosos defensores de este dogma en el Concilio del Vaticano.

En Bélgica ha tenido principio la obra del Dinero de San Pedro, hoy tan extendida, y que cada día toma mayor incremento. Bélgica ha dado los primeros zuavos pontificios.

Nos complacemos, Beatísimo Padre, en recordar estas cosas, porque son una de nuestras glorias nacionales.

Por orden de Vuestra Santidad, cuyo tierno y generoso corazón siente horror ante la efusión de sangre, los zuavos han cedido, si bien contra sus deseos, ante la superioridad del número. Pero si la revolución ha podido arrancarles las armas materiales, hay una arma de que nunca podrán privar á los católicos belgas, la oración. Rogamos sin cesar en nuestras familias y en nuestras iglesias. Hacemos peregrinaciones, no solo á los santuarios de Bélgica, sino á los que se veneran fuera de nuestra patria. Después de haber implorado la misericordia divina en estos santuarios, inauguramos hoy la primera peregrinación á Roma, persuadidos de que nuestras súplicas serán más agradables á Dios en esta tierra regada por la sangre de tantos mártires, y que el Señor atenderá más pronto nuestros votos en esta Ciudad Santa, que es como el corazón del mundo cristiano, y que tiene dentro de sus muros al augusto Jefe de la gran familia católica.

Aquí estamos reunidos en número reducidísimo; pero todos nuestros hermanos en la fé, todos los verdaderos católicos belgas, están unidos á nosotros en espíritu y corazón.

Terminamos, Beatísimo Padre, expresando un voto, objeto y fin de las oraciones que, desde hace tantos años, se elevan á Dios, no solo en Bélgica, sino en toda la tierra. Que el Dios de bondad y clemencia, que se ha dignado conceder á Vuestra Santidad la gracia de exceder los años de Pedro, complete la obra de su misericordia, haciendo brillar pronto el

día del triunfo de la santa Iglesia, y reservando al augusto prisionero del Vaticano, en recompensa de la energía y heroica perseverancia que ha mostrado en la lucha contra los poderes de las tinieblas, la dicha de asistir vivo á este triunfo tan deseado.

Tal es el voto de la gran familia católica; y los peregrinos belgas se complacen en poder manifestarlo á Vuestra Santidad, rogándole al mismo tiempo que derrame sus preciosas bendiciones sobre su amada patria, sobre la familia real de Bélgica, sobre nuestros venerables Prelados, sobre todos los católicos belgas, y especialmente sobre los que tienen la dicha de hallarse en este momento en presencia de Vuestra Santidad, y que se declaren con la más profunda veneración humildísimos y adictos hijos de la santa Iglesia y de su augusto Jefe.

SANTA TERESA DE JESUS.

Una de las glorias más puras, más brillantes, más dignas de respeto y admiración de nuestra patria, es la ilustre doctora de Avila, la incomparable Santa cuyo nombre hoy resuena en los altares y encabeza estas humildes líneas consagradas á su memoria.

El nombre de Teresa de Jesús es el blason más noble de España, la flor más lozana del fecundo jardín de nuestros claustros, la estrella que desde el siglo xvi derrama torrentes de luz sobre la Cristiandad entera.

Los filósofos, los literatos, los místicos han querido juzgar á la sapientísima

doctora, á la sublime poetisa, á la admirable penitente; pero el juicio de los hombres, á pesar de todos sus esfuerzos, no ha logrado penetrar en ese tesoro de maravillas que la vida de Santa Teresa encierra, como un arcano cuya llave solo existe en las manos de Dios.

Juzgar á Santa Teresa solo por su ciencia, es empequeñecer su grandiosa figura, donde al lado de su sabiduría prodigiosa arde la llama de un amor inmenso; juzgarla solo por su inspiracion poética, es desvirtuar su carácter; en el que resaltan las profundas huellas de sus austeras virtudes; juzgarla por sus rudas penitencias es amortiguar el brillo de su alma, iluminada por los resplandores de la verdad eterna é inflamada por el fuego del amor divino. Santa Teresa es superior al juicio de los hombres, porque analizada se atenúa su figura, y estudiada en su conjunto no cabe en los estrechos limites del entendimiento humano.

Al recordar nosotros el nombre de Santa Teresa, no pretendemos, pues, juzgar á la gran Santa, cuyas obras y virtudes nos entusiasman, y cuyo solo nombre exalta nuestro patriotismo; no intentamos referir su vida, que conoce todo el mundo; queremos solo indicar la relacion que á nuestro juicio existe entre este gran astro de la Iglesia española y la civilizacion de nuestra pátria en el siglo en que comenzó á brillar; aspiramos á consignar sencillamente que Santa Teresa de Jesús es la personificacion de la España católica en el siglo de su mayor esplendor.

El siglo xvi es, sin duda alguna, el más brillante de nuestra historia. El testamento de los Reyes Católicos tiene en-

tre sus legados las llaves de Granada y del Nuevo Mundo, el afianzamiento de la unidad católica y de la unidad nacional, el esplendor de las instituciones monásticas y la lozania de un pueblo que después de un pasado glorioso, vislumbra un porvenir de nuevas conquistas y victorias. El espíritu católico, que habia guiado á nuestros padres en ocho siglos de luchas contra el islamismo inflamaba con nuevo ardor el corazon de nuestro pueblo para luchar contra el protestantismo que iba á trastornar á Europa. Destinada España á ser el campeón de la Iglesia, el valladar insuperable de todas las invasiones impias, al comenzar el siglo xvi aparece por un momento ceñida la frente por los laureles de la Reconquista, extendiendo sus brazos poderosos de uno á otro continente, fija la vista en el cielo, como si al dar gracias á Dios por los pasados triunfos pidiera nuevo campo en que esgrimir sus armas vencedoras. La ciencia de nuestros teólogos, el ingenio de nuestros poetas y artistas, el poder de nuestros reyes, el valor de nuestros soldados, la santidad de nuestros monjes, la nobleza de nuestro pueblo, todo concurría á engrandecer el cuadro de la civilizacion cristiana, de que daba ejemplo nuestra pátria á todas las naciones del mundo.

Europa iba á sufrir el terrible azote de la herejia luterana. Un fraile apóstata, desde el regazo de una monja apóstata, iba á sembrar el error en la sociedad cristiana. Algunos principes, instigados por la codicia, se preparaban á despojar á la Iglesia de sus derechos y libertades; guerreros sin fé afilaban sus armas para luchar contra el Catolicismo, á quien de-

bían sus primeros laureles; filósofos corrompidos, ébrios de soberbia, forjaban todo género de sofismas contra la verdad revelada y contra las doctrinas de la Iglesia; pueblos, en fin, extraviados, se disponían á seguir las huellas de la impiedad y á precipitarse en el abismo de las revoluciones modernas.

En este momento crítico, al estallar la terrible tormenta, es cuando aparece en España la ilustre doctora de Avila, el faro que habia de guiar á las almas por entre los escollos de la herejía y de la indiferencia religiosa al puerto seguro de la verdad eterna. Santa Teresa, como doctora, enseña las saludables doctrinas de la Iglesia católica para preservar las inteligencias contra el contagio del protestantismo naciente; como monja austera y penitente, estiende por España el cordon sanitario de las órdenes religiosas, valladar insuperable contra las conquistas de la impiedad; como poetisa, comunica á las almas en sus arrebatos de amor divino el fuego purísimo de la gracia que las fortalece para las futuras contiendas; como vivo dechado de virtudes cristianas, es la edificación de sus contemporáneos y el asombro de toda la Cristiandad.

Santa Teresa de Jesús es conquistadora, como lo fueron los caudillos que en aquellos tiempos consolidaban la unidad nacional ó ensanchaban por todo el mundo nuestras fronteras, teniendo por armas, en su calidad de religiosa, la oración y la penitencia, por soldados humildes vírgenes, por campo el claustro, y por corona la del martirio; es doctora, como nuestros esclarecidos teólogos que en Trento brillaban con todos los resplandores de su celestial subiduría; es artista,

como los poetas y pintores que en aquella época enaltecían las glorias de España, glorias del Catolicismo, en sus obras, donde resplandecía la clara luz de la belleza infinita; era noble en sus pensamientos, constante en sus empresas, firme en la lucha, serena en el triunfo, ardiente en sus deseos; era, en fin, una Santa española.

A los que en estos días de indiferencia religiosa, de ódio á las instituciones católicas, de completo olvido para lo pasado, ignoran lo que fué la España del siglo XVI, fijen sus ojos en la ilustre doctora y admiren en aquel sol de santidad y grandeza lo que valía la sociedad donde brotó tan extraordinaria maravilla. Vean allí cómo el miticismo monacal, lejos de cortar las alas al génio, se las delitaba y les abría horizontes inmensos, donde volar hácia las altas *moradas* del cielo; cómo el espíritu religioso producía á la patria glorias, cuyo resplandor jamás se amortigua, ántes con el tiempo se aviva y se aquilata.

El nombre de Santa Teresa de Jesús será siempre una de las primeras glorias españolas.

M. P. Villamil.

CRÓNICA RELIGIOSA.

FRANCIA.—Una de las asociaciones que irrita mas á los impíos, en fuerza de los beneficios que dispensa, es la de *edificios religiosos y escolares*. Fundada apenas hace dos años, y considerablemente extendida en la actualidad, por hombres generalmente estimados en vista de su total apego á la defensa de las buenas

causas, tiene un programa completamente nuevo, y es el de levantar iglesias y crear escuelas, con el objeto de patrocinar la difusión de la Religión y de la enseñanza cristiana en el pueblo de París. Gracias á semejante pensamiento, excelente en sí y fecundo en sus resultados, se han erigido dos templos el año pasado en medio de poblaciones que, faltas de santuario que ocupara situación acomodada, no podían frecuentar los santos Sacramentos; y asimismo han sido fundadas varias escuelas, proyectando actualmente esta Sociedad la construcción de otros edificios en aquellos barrios que los reclaman imperiosamente.

—

INGLATERRA.—En Londres se ha iniciado un curioso movimiento religioso que se titula *revivalism*. El origen de este movimiento está en América del Norte. Los *revivalists*, especie de misioneros protestantes, viajan por ciudades y aldeas convocando á un público numeroso y haciendo oír sermones de forma singular, con grandes efectos oratorios, con doctrinas algunas tanto extrañas; pero que por lo mismo producen profunda sensación y logran hacer muchos prosélitos.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto, misa conventual con sermón, en honor del Arcángel S. Rafael, que predicará D. Antonio Sanchez Alcaráz, director del colegio de S. José. Por la tarde será orador en la novena D. Vicente Morell, teniente cura de la misma.

En Santa María Misa mayor á las ocho y media. En la Virgen de Gracia Misa de renovación á las ocho.

Lunes.—En la novena de San Rafael predicará D. Librado Carrillo, sacristán mayor de la Colegial.

Martes.—En las Agustinas Misa de renovación á las ocho.

En la novena de San Rafael, en la Colegial, predicará D. Enrique Farach, sacristán de Santa María, y el miércoles D. Vicente Morell.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovación á las seis y media, y por la tarde, á las cuatro, el Trisagio. En la novena de San Rafael predicará D. José Carratalá, teniente cura de la Colegial, y el viernes D. Francisco J. de Guimben, vicario de Nuestra Señora de Gracia.

Sábado.—Vigilia de Todos los Santos. Ayuno. En la Colegial, á las ocho, Misa de renovación, y á las nueve y media Misa de Vigilia. Por la tarde predicará en la novena de San Rafael D. Antonio Miravete, canónigo de la misma Colegial.

ADVERTENCIA.

Algunos suscritores nos preguntan si deben abonar al cartero el cuarto que era costumbre por el reparto de la REVISTA, á lo cual contestamos que nó según las disposiciones vigentes en el ramo; y nos conviene hacer constar esto con tanto más motivo, cuanto que algún suscriptor se ha retirado por aquella indebida exigencia.